

Pequeña antología de José Ángel García

Sotto La Pioggia

Dulce, casi amorosa,
delicada acuarelista de lo ambiguo,
cae,
mansa,
la lluvia
empapando la tarde toda,
esbozando apenas
ese verso silente donde minian los sueños
su
destino.

Disculpa que mi soledad
no llegara jamás
a entender
la tuya.

(De *Nadie sabe qué Roma te atrapará*, Vitruvio, 2017)

Silencio

en
la tarde
más allá de la mirada
más acá
de
la
palabra
se percibe
la tenue
transparencia
del
silencio

(De *Papel de aguas*, Almud, 2014)

El día que todas las mujeres del mundo me desearon

(Fragmento)

El día que todas las mujeres del mundo me desearon
estaba de vacaciones; no pudieron encontrarme.
El día que todas las mujeres del mundo ansiaron mi presencia
y a casa por teléfono, por fax o por la red
llamaron en busca de una cita

tan sólo por respuesta hallaron el eco de su anhelo.
El día que todas las mujeres del mundo (todas menos una)
con pasión total reclamaron a coro mi presencia,
ese día – ese día justo – andaba yo ausente de
mi habitual domiciliada angustia y
no les pude siquiera decir no, lo siento, de verdad, no puedo ...
no, gracias, lástima, otra vez será ...

El día que todas las mujeres, en común pulsión,
me codiciaron
paladeábamos - ¿te acuerdas? – a sorbos breves nuestro
fugaz encuentro
(fine old scotch whisky)
en la pequeña, minúscula terraza de aquel café
- tu, yo y nadie –
en el Quartier Latin de un París condenadamente nuestro.

Fue justo entonces, en ese preciso momento,
cuando los pequeños locos de media mañana,
los tímidos gnomos callejeros,
salieron, sigilosos, de sus más ocultos escondrijos,
brincaron de la acera a la calzada y,
rompiendo sus horarios,
asaltaron sentimientos, desconectaron lutos, apalabrarón besos
y superando el rítmico resuello de todas las rutinas
sembraron de esperanzas las adustas esquinas de las calles

destapando pomos de menta y regocijo detrás de cada verja,
a flor de cada seto.

Serios y grotescos, cual solemnes guardias cojos,
narraban los mirlos sus historias
cualquier encrucijada aprovechando.

Todo ocurrió – ocurría – un segundo antes, un instante después
del comienzo.

Todo tenía, al tiempo, lugar y no lugar y, casi sin saberlo,
se nos iba olvidando que estaba sucediendo.

(Fue – era - eso sí, cuando aún nadie
nos había descubierto)

(De *El día que todas las mujeres del mundo me desearon*, El Toro de Barro.
Cuadernos del Mediterráneo, 2000)

Intermezzo

canturrea el aire entre los castaños
tapiz el musgo en sus añosos troncos
y bajo sus ramas
despliegan su grácil aleteo
las mariposas

en discontinuo narrar
cambia de argumento el agua en cada
nuevo

regato
y a los pies del reticulado dosel del fresno
fluctuante celosía de luces y de sombras
el día
en su propia contemplación
atrapado
se
demora

(De *Cual en fugaz parpadeo*, Olifante, 2024)